

Eli Macías

Del amananto a la fluorescencia



Arte: Elena Muñoz



DEL AMARANTO A LA FLUORESCENCIA

DEL AMARANTO A LA FLUORESCENCIA

Eli Macías

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©Eli Macías, 2021

©Ilustración y maquetación de cubierta: Elena Muñoz, 2021

©Edición y corrección de texto: Elia Vela Laviña, 2021

©Ediciones Dorna, 2021

www.edicionesdorna.com

Impreso en España por Podiprint

ISBN: 978-84-124737-1-1

IBIC: FL

Aviso de contenido sensible: asesinato.

Si necesitas más detalles sobre contenido sensible contáctanos en nuestro Twitter [@EdicionesDorna](https://twitter.com/EdicionesDorna) o nuestro Instagram [@edicionesdorna](https://www.instagram.com/edicionesdorna).

*Para Lucas y Noel.
Y por un mundo mejor para ellos.*

Presagio

Olía a ocre y metal. Aquella habitación antes cálida y familiar parecía más pequeña con las estanterías tiradas y los libros por el suelo. Tranquilo, alzó sus pesadas manos y se observó las palmas casi con curiosidad, carmesíes y pegajosas. Lo único que escuchaba era un zumbido incesante y una respiración sibilante y arrítmica que había olvidado su compás. Por lógica, ni esa sangre ni esa respiración podían ser suyas.

En su mirada, solo gris. En su rostro, blanco donde antes había color. Eran calma y tempestad. Y tempestad solo susurró:

—Ahora, corre.

Sus piernas no se movieron, pero la ventana estaba abierta.

1

Necrosis

La noche de la tragedia, Ame murió un poco.

Quizá no era la mejor expresión; tendría que usar expirar. O caducar. Oxidarse. Pero lo cierto era que siguió muriendo cada uno de los días hasta hacerse defectuoso.

Para él, aquel periodo de adaptación hasta que pudo asentarse no fue más que un mero trámite, aunque difícil. Sin las actualizaciones, las piernas no le aguantaban más de cuatro horas de pie. Necesitaba descargar nuevos *softwares* cada semana, poco importaba si eran oficiales o no.

Por suerte, de todos los humanos con los que se podía cruzar, se encontró con ella.

—Eh, lata de conservas. ¿Qué haces ahí parado?

Levantó la mirada para ver el rostro radiante de Trisha, la mujer que lo había acogido. Sonreía, enfatizándose aún más la separación de sus incisivos y se colgaba la bandolera del hombro. Ame permanecía sentado en el sofá con las manos en las rodillas; había sacado la colada de la secadora y no tenía nada más que hacer. O, más bien, Trisha no le permitía hacer nada más que no entrase dentro de sus tareas domésticas diarias, lo cual le dejaba inutilizado. Un año después aún seguía costándole acostumbrarse a eso del libre albedrío.

—Esperarte a ti —respondió, escueto.

La humana bufó y negó con la cabeza. Las pequeñas trenzas púrpuras que le contrastaban con la piel oscura le taparon la mitad de la cara y tuvo que volver a colocárselas detrás de la oreja. Le dio un pequeño toquecito en el hombro e hizo un movimiento con la cabeza, señalándole la puerta.

—Pues venga, que ya estoy. Vamos a por tus actualizaciones antes de que se te vaya la pinza y me asfixies mientras duermo —bromeó.

El androide asintió y la siguió. Dudaba de que hubiese una correlación entre un fallo de su sistema y un impulso homicida. Al contrario: no sería capaz ni de cerrar las manos alrededor de su cuello si le faltaba amaranto. Pero no le discutió, ni se ofendió, porque sabía que Trisha era incapaz de pensar mal de él.

Ame era un robot doméstico. Más concretamente, estaba especializado en el cuidado infantil, aunque llevaba años sin tener ningún tipo de interacción con un niño menor de doce años. Gracias a su entereza y disciplina, supo cómo mantenerse en la calle. Al fin y al cabo, regular una rutina diaria era una tarea digna de un estratega, y supo organizar sus prioridades para sobrevivir los primeros meses sin ayuda de nadie. El frío y la falta de comodidades no eran un problema para alguien que no sentía nada, aunque sí lo eran las constantes vigilancias y búsquedas nocturnas de droides ilegales que no perteneciesen a ningún humano, así como tener que abastecerse él mismo de amaranto y actualizaciones.

Fueron unos meses complicados, pero al menos le guiaron hasta ella. Trisha, que pasaba de hacer sus pedidos en máquinas automatizadas y llevaba más de diez años sin registrarse en ningún plan de mejoras. No era como si odiase la tecnología. De hecho, era muy buena utilizando sistemas operativos de principios del siglo XXI, las máquinas *vintage*. Solo odiaba toda aquella que estuviese conectada a la red, esa en la que podrían acabar controlándola y llevando un registro de sus datos.

Por eso le gustaba tanto Ame. Sin número, sin código de barras, sin dueño. Uno más de la casa, aunque a Ame le estuviese matando por dentro.

Figuradamente, claro.

Desde que le habían cambiado los ojos, podía caminar por la calle de noche sin que las luces de Birmingham le sobrecargasen la vista. Eran más oscuros, con el iris casi negro en contraste con el color miel de los anteriores, pero aguantaban mucho más.

El sol caía antes a finales de noviembre y Trisha se abrazaba a sí misma con escalofríos. Ame tenía que llevar un abrigo para aparentar, pero se lo hubiese cedido gustoso. Aun así, en los suburbios no se habría formado ningún escándalo por ver a un robot no registrado caminando por las calles; era tan obvio el mercado negro de la zona que poner una vigilancia continua resultaba infructuoso. La gente iba a seguir haciéndolo igualmente.

Tampoco hubiera importado que hubiese policías. La presencia de androides sin la licencia en regla era como descargarse una película pirata en la antigüedad: era ilegal, estaba mal visto, pero todo el mundo lo hacía o lo había hecho en algún momento. Mientras no fuese descariado, no debería haber ningún problema. Por eso siguió con las manos en los bolsillos y con la mitad de la cara escondida tras una bufanda. Por respeto, más que nada.

—¿Qué era lo que necesitabas? —preguntó Trisha, deteniéndose en seco y frotándose las manos para calentárselas. Ame se sacó una mano del bolsillo y dobló el codo varias veces. Podía notar el hormigueo de las piezas sueltas bajo la piel.

—Necesito un par de hilos tensores nuevos y más amaranto. Queda poco en casa.

Trisha chasqueó la lengua y rebuscó en su bandolera. Ame esperó a que le diese las libras que necesitaba para sus compras. El trato era el siguiente: él hacía las tareas de casa y Trisha pagaba sus necesidades, que solían ser más caras que las de ella, pero mucho menos constantes. La mujer le dejó los billetes en la palma de la mano y señaló con el pulgar por encima del hombro.

—Te veo más tarde, yo voy a ir al supermercado a hacer la compra. ¿Sabes a dónde tienes que ir?

—A la trastienda del Cuarto Verde —respondió, y Trisha asintió una sola vez, esperando a que elaborase. Después de unos segundos de reflexión, siguió—: Pregunto por Joseph y le pido que me dé dos manzanas de caramelo.

—Muy bien. —Le dio dos palmadas en el brazo y sonrió—. Nos vemos aquí en media hora, ¡no tardes!

Ame se despidió con la mano levantada, viendo cómo la humana se alejaba parando el tráfico con una mano para cruzar y con la larga falda de lana bailándole alrededor de los tobillos con cada paso.

El androide bajó la calle que tan bien conocía y saludó con la cabeza a un par de personas sentadas en las escaleras de uno de los portales, seguro de que se trataba de amigos de Trisha. Por lo menos, el reconocimiento facial de su *software* aún funcionaba bien. Cruzó las vías del tren que separaban las residencias, y al llegar a la zona abierta el viento se volvió más intenso y penetrante. La gravilla crujía bajo sus pies y, gracias a sus nuevos ojos, podía ver lo que había a su alrededor incluso cuando ninguna farola iluminaba su paso. Tampoco le hacía falta ver mucho; nadie pasaba por allí, y menos a aquella hora.

Pensó en lo que podría ahorrar regateándole a Joseph: quizá podría comprarle una bolsa de nueces y castañas a Trisha. Alzó la mirada hacia el puente del que provenía el ruido de los coches, lo único que se escuchaba. Cerró los ojos. No podía sentir el frío, pero sabía que gracias a que no hacía calor no se sobrecalentaba su núcleo, y la sensación de estabilidad era agradable.

Le gustaba la noche de otoño. Le gustaba estar en silencio, en soledad, en la nada. Apreciaba a Trisha, pero su humanidad a veces resultaba... demasiado para él. Que siempre quisiera hacer planes, que le obligara a ver la televisión con ella —se negaba a comprar una holovisión—, que quisiera tener conversaciones constantes. Ame cuidaba

de niños, no socializaba con adultos. De eso se encargaba otro tipo de robot distinto a él.

Abrió los ojos con curiosidad. Lo primero que pensó era que alguien estaba arrastrando una bolsa de basura muy cargada para tirarla junto a los escombros. Era lo lógico, teniendo en cuenta el sonido que se hacía cada vez más audible a su izquierda y la zona en la que estaba, pero unas cuantas incoherencias le hicieron detenerse en señal de alerta. Lo primero, no había pisadas que acompañaran al objeto arrastrándose. Lo segundo, tampoco se oían los bufidos y jadeos característicos de los humanos cuando estaban realizando un esfuerzo considerable.

Lo tercero y más importante fue la voz metálica que emitió un:

—A... a...

Giró la cabeza y enfocó la mirada. La figura reptaba hacia él con las piernas flexionadas e inamovibles. Se movía ayudado por la fuerza descomunal de sus brazos, pues no parecía costarle nada de esfuerzo más que por el tembleque, como si fuera a romperse en mil pedazos en cualquier momento.

Ame se acercó, dubitativo pero firme. Parecía un chico joven, de piel pálida y ropa de color rosa y azul neón que le llamaron bastante la atención. Debía de tener mucho dinero si podía permitirse esos tonos en su vestimenta, aunque estaba arrugada y rasgada, como si llevase puesta mucho tiempo, y manchada de una sustancia líquida rojiza y demasiado brillante como para ser sangre. Los tirabuzones de rubio platino se sostenían a duras penas de su cuero cabelludo, conectados por unos hilillos blancos y viscosos que reconoció como pegamento, y ahí fue cuando confirmó que, efectivamente, se trataba de otro robot.

—A... ayu...

Alzaba una mano de dedos largos y delgados hacia Ame y este dio un paso hacia atrás. Quizá lo más sensato era salir corriendo y continuar su camino como si no hubiese visto

nada. Muchos androides perecían todos los días, robots abandonados y que ya no servían para nada a los que les habían despojado de su código y ni siquiera recordaban a quién pertenecían. Los humanos se cansaban de mantener sus máquinas y preferían tirarlas en cualquier cuneta antes que cumplir el protocolo y llevarlos a un punto limpio. Ver a un androide abandonado a su suerte era ley de vida o, más bien, ley de robótica.

Iba a girarse para alejarse cuando vio sus ojos. Celestes implorantes que brillaban de una forma imposible, como si estuviesen llorando, aunque Ame sabía que no era posible. Se vio a sí mismo sentado en el suelo, sin poder levantarse, con el brazo derecho arrancado y la piel cayéndosele a tiras. De pie, Trisha, que no dudó ni un segundo en ponerle una manta por encima y llevarle a su casa. Si no hubiera sido por ella, seguramente no tendría el privilegio de estar allí pensándose demasiado mientras observaba cómo el robot seguía arrastrándose delante de él.

Ame echó un vistazo a su alrededor, se aseguró de que no hubiese nadie, le echó el abrigo por encima y se lo llevó de allí.

Procuró temblar un poco mientras se abrazaba a sí mismo, simulando tener frío al estar tapado solo con el suéter gris y esperando que se mimetizara con el tiritar del androide a su lado. Vio por el rabillo del ojo que el grupo de la acera de enfrente los miraba con recelo, así que se separó de la verja de metal para ponerse delante del otro e impedir que le mirasen demasiado, dándoles la espalda y fingiendo que estaban manteniendo una conversación.

El robot no podía hablar, mucho menos caminar. Debía tener alguna fuga de amaranto y quedarle pocas reservas, pero aún podía mantenerse de pie y erguido apoyado en el saliente de aquel muro, y agarrar las solapas de su abrigo para taparse. Se dio la vuelta con rapidez cuando escuchó el silbido característico de Trisha, que cruzaba la carretera

con una bolsa de la compra en cada mano y arrugando el ceño.

—Eh, ¿dónde están tus cosas? ¿Y tu abrigo?

Aún con los brazos cruzados, Ame se hizo a un lado, dejando al descubierto al robot rubio que intentaba pestañear con los dos ojos en sincronía. Trisha contrajo aún más el rostro y por un momento pareció mucho mayor de lo que era. Sin apartar la vista del androide estropeado, dejó las bolsas en el suelo, cogió a Ame del hombro y le hizo acercarse a ella, quien se descruzó de brazos y se agachó para llegar a su altura.

—¿Quién es este?

—No lo sé —respondió Ame sin imitar su susurro. Trisha le miró a los ojos con aún más extrañeza—. Estaba tirado en pleno descampado, supuse que no podía dejarle allí solo y me lo llevé.

Por supuesto, no iba a decirle a la humana las razones reales por las que había decidido ayudarle. Trisha apretó los labios volviendo a observar al androide roto, que formaba una mueca extraña. Ame intuyó que estaba intentando sonreír. Casi podría decir que estaba intentando darle pena. La mujer bufó y se pasó las manos por el pelo trenzado, y parecía que la táctica del desconocido estaba funcionando, pues Trisha no tardó en apiadarse de él.

—Pide un taxi, no podemos llevarle en autobús. En casa le mirará Miriam.

Asintió y cumplió sus órdenes mientras Trisha intentaba inspeccionar al robot. Esbozó una mueca de asco cuando se fijó en el pelo que se le estaba desprendiendo y que Ame había intentado colocarle para que no se notara. Gracias a la actualización ilegal que Trisha le había encargado, Ame llevaba tiempo pudiendo contactar con quien quisiera desde su sistema operativo interno y no solo con los números que su anterior familia le había limitado. Así que llamó al taxi mientras la mujer examinaba al androide moviéndole la

cabeza con delicadeza, como si pudiera hacerle daño, y susurraba un «pobrecito» de vez en cuando.

El taxi no tardó en llegar y, cuando Ame metió al otro en el vehículo, el conductor arrugó la nariz, ajustando el retrovisor y dejando claro con sus múltiples bufidos y chasquidos de lengua lo poco que le gustaba la situación.

—¿Tu amigo está bien? —gruñó sin ningún tono que denotase preocupación. Ame se sentó junto al robot sin decir ni una palabra. Fue Trisha la que, dejándose caer en el asiento del copiloto, contestó:

—Está un poco revuelto, nada más.

—Pues en mi taxi que no vomite, porque os cobraré un extra.

—No lo hará —cortó, y le dio la dirección de casa.

Ame se apoyó las manos en las rodillas como era costumbre cuando estaba en reposo y miró a su acompañante sin mover la cabeza. Tenía la frente pegada a la ventanilla y los ojos cerrados, como si estuviese descansando.

Le inspeccionó un rato más aprovechando el momento. Era un androide alto, de complexión delgada pero atlética; hombros y brazos fuertes. Estaba claro que no era un robot doméstico como él. Pensó que, quizá, había sido uno militar, pero las ropas coloridas y el rostro convencionalmente atractivo, de mandíbula cuadrada, perilla del mismo tono que su pelo y rasgos tan perfectos, le llevaban a pensar en el otro tipo de robot, el que le quedaba por descartar. Clavó la mirada en la pantalla tras el asiento delantero, donde se veían todos los datos del conductor, y arrugó la nariz.

El androide llevaba con los ojos cerrados un buen rato, la barbilla pegada al pecho y el tubo que le administraba amarantho conectado a la nuca. Miriam le había soldado la fuga del costado y desmontado las piernas para examinarlas mejor, quitándole la piel que funcionaba a modo de carcasa. Apenas estaba manchado de la sustancia

roja y viscosa para que le lubricase, lo cual era malo, y no le extrañó que no pudiera caminar cuando estaba en el descampado viendo lo pelados que estaban sus cables.

Miriam se secó el sudor de la frente con la muñeca y Trisha bebió un poco más del té que la mecánica había rechazado, sentada detrás de ella con las piernas cruzadas y observando con demasiado detenimiento los músculos de la ancha espalda de la mujer con las cejas alzadas. Ame se preguntaba cómo ninguna de las dos se había dado cuenta de las miradas de deseo y los flirteos de la otra cuando él, que apenas comprendía esas interacciones, podía verlos a kilómetros.

—Debería empezar a funcionar pronto, pero me tengo que llevar las piernas para arreglárselas. —Se colocó la coleta de color ceniza antes de apoyarse las manos en la rodilla flexionada y, al mirar a Trisha, esta se irguió en la silla, parpadeando varias veces—. Porque no solo las tiene hechas mierda, sino que no dejan pasar amaranto como es debido. Así que le voy a poner un par de tapaderas para que no se filtre nada y va a tener que estar un par de *díitas* sin poder caminar.

—Comprensible —respondió Trisha asintiendo una sola vez.

La mecánica se puso de pie, se frotó los pantalones y miró de soslayo a Ame con el ceño fruncido. El androide le sostuvo la mirada y parpadeó una sola vez con lentitud, esperando cortésmente a que le dijera lo que parecía que tenía muchas ganas de soltarle. Ella solo sorbió por la nariz, se pasó la manga por la boca y miró a la otra mujer, señalando con la cabeza a la puerta que daba al cuarto de Trisha.

—Patricia, ¿puedo hablar contigo un momento? A solas —enfaticó sin mirar al robot, pero todos sabían que se refería a él. No parecía importarle mucho que el doméstico se diera cuenta a pesar de que Ame entrecerrase ligeramente los ojos.

Sorprendida, Trisha carraspeó y dejó la taza encima de la mesa, poniéndose de pie.

—Sí, claro. Ame, quédate aquí vigilándole —dijo con una sonrisa antes de desaparecer con Miriam por el pasillo.

Ame se cruzó de brazos, apoyó todo su peso en una pierna y se quedó mirando al androide rubio sin parpadear ni una sola vez. Ese movimiento solo estaba programado cada cierto tiempo para que los humanos no se sintieran incómodos alrededor de ellos, pero él ya lo hacía por inercia.

La garrafa con amaranto burbujeaba, dejando que la sustancia entrase dentro del cuerpo del androide, y sus manos se apoyaban sobre el estómago. Tenía la cabeza ligeramente ladeada hacia un lado, una pequeña sonrisa y, si no fuera por sus piernas arrancadas y colocadas en posturas grotescas sobre el suelo, abiertas de par en par y con los cables por fuera, parecería que se estuviese echando una tranquila siesta.

Ame observó la oscuridad del pasillo en el que se habían perdido Miriam y Trisha. Si prestaba atención, sus voces se hacían bastante audibles. Ame no era curioso por naturaleza —o fabricación—, pero le intrigaba saber qué le estaba diciendo la mecánica que él no pudiese escuchar. Dio un par de pasos y, con los brazos aún cruzados, apoyó la espalda en la pared que daba al pasillo, mirando hacia el techo para concentrarse y escuchar mejor.

—... y eso si piensas dejarle el costado sin arreglar, porque un injerto de piel falsa te puede costar también un ojo de la cara.

—Eso es lo de menos, no se ve, mientras no tenga fugas y le arregles todo lo demás...

—Sigue siendo muy caro, Trisha. Cambiarle los hilos del brazo a Ame de vez en cuando es una cosa, pero el arreglo de los cables y los hilos tensores de las piernas del otro, las fugas, injertarle el pelo de nuevo... Por no hablar de que tendrías que pagar las actualizaciones y, peor aún, el

amaranto de dos androides. Que las actualizaciones las puedes encontrar falsas, sí, pero el amaranto no lo vas a encontrar más barato por mucho que vayas al mercado negro a por ello. Es imposible encontrar un buen sustituto.

Hubo una pausa solo interrumpida por el largo suspiro de Trisha. Ame cambió el peso de pierna.

El amaranto era una sustancia química conductora que, según los medios en los últimos años, era una fuente de energía más sostenible y eficiente que la propia electricidad. Los androides antiguos funcionaban unas quince horas después de haberlos dejado enchufados toda la noche, pero con el amaranto podían durar días e incluso semanas si no los sobrecalentaban demasiado. Además, servía como aceite para lubricar los mecanismos de las máquinas y podían mojarse o mantenerse en altas temperaturas sin estropearse. Por supuesto, era aún más caro que las baterías externas, y Trisha mantenía que la única razón por la que habían regulado el amaranto como única forma para recargar los robots era para que las grandes empresas ganasen más dinero. «Aún no se ha demostrado el efecto del amaranto al evaporarse del cuerpo de los androides a largo plazo», decía Miriam blandiendo el dedo, y esa frase le inspiró a Ame el suficiente interés como para pensarla durante unas horas.

—Tampoco voy a abandonarlos a su suerte, Miri.

—No es lo que insinúo, pero casi no te conozco sin androides en tu casa. Por lo menos siempre había sido uno cada la vez... ¿Pero dos? Tienes suerte de que este no tenga el código puesto, pero tienes que pensar con un poco de cabeza. No tienes por qué salvarlos a todos; otra persona los recogerá.

Otra pausa. Ame se preguntaba por qué no le decía a Miriam que no había sido cosa de ella, que se lo había encontrado él. A lo mejor no tenía ganas de discutir o no quería cargarle las culpas. No le importaba, era la realidad: Ame, por alguna razón, no había sido capaz de abandonar a

ese robot. Era justo y racional que cargase él con la responsabilidad.

—Escucha, Patricia, podemos hacer una cosa —escuchó la voz de la mecánica más suave que antes—. Estos últimos arreglos no te los cobro.

—Miri...

—No me interrumpas, tonta. Es un préstamo, así que por el dinero no te preocupes. Eso sí, deberías considerar poner a trabajar a tus androides si queréis subsistir los próximos meses... Porque, si no, está jodida la cosa.

Un jadeo de sorpresa le hizo separarse de la pared, alerta. El androide se había despertado y miraba hacia los lados todo lo que el tubo de su nuca le permitía con los ojos muy abiertos, pero se le veía más intrigado que asustado. Cuando fue consciente de la presencia de Ame, ladeó la cabeza con una pequeña sonrisa.

—¡Hola!

—Hola —respondió Ame con recelo y mucho menos entusiasmo. El otro robot señaló el manajo de cables frente a él.

—¿Estas piernas descuartizadas son las mías?

Ame parpadeó una sola vez.

—Sí.

—Guau. Qué pasada. —Ensanchó la sonrisa. Su voz grave no coincidía con la emoción que profesaba—. Eres el que me ha traído hasta aquí, ¿no? Muchas gracias, tío, te debo una.

Arqueó una ceja, no demasiado convencido con su forma de comunicarse. ¿Guau? ¿Pasada? ¿Tío? ¿A quién estaba intentando engañar?

—Oye, por cierto, me llamo Raie. —Se tocó el pecho para señalarse a sí mismo y esperó. Ame solo alzaba la ceja cada vez más, pero el susodicho Raie no se achantó. Le insistió con la cabeza—. ¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

Tardó unos segundos más en responder. Se cruzó de brazos y relajó la expresión.

—Yo soy Ame.

—Oh —musitó, dejando caer los hombros. Se le veía decepcionado—. Entonces tú también eres un robot.

Antes de que Ame pudiera decir algo más, Trisha y Miriam volvieron al salón. Ame se hizo a un lado y Trisha se adelantó con una amplia sonrisa, agachándose a la altura de Raie, quien parecía encantado de ver más compañía a su alrededor.

—Anda, ¡ya te has despertado! ¿Cómo estás? —preguntó colocándole uno de los mechones que se estaba despegando.

El rubio encogió los hombros, también con una sonrisa de oreja a oreja, como si estuviesen compitiendo por ver quién se mostraba más contento de los dos.

—Estupendamente. ¿Vosotras también sois robots?

—No, cariño, nosotras somos personas —respondió, y Raie se irguió como pudo, más animado que antes.

Ame observó cada mínimo cambio en la expresión del rubio con desconfianza. Algo en toda esa inclinación hacia los seres humanos le parecía muy extraño. Arrugó la nariz y levantó la barbilla expresando su disconformidad, pero Trisha y Raie estaban demasiado ocupados poniéndose ojitos el uno a la otra.

—Yo me llamo Trisha y ella es Miriam. Es la que te está arreglando.

Raie miró a la mecánica y abrió la boca para decir algo, aún radiante, pero fue la propia Miriam la que le interrumpió con un movimiento de mano y una mueca.

—Bueno, siento cambiar de tema, pero ahora viene la parte incómoda, campeón. Cuéntanos, ¿qué eres?

Ame permaneció atento; aquello sí que le parecía interesante.

Lejos de ponerse nervioso, Raie volvió a tocarse el pecho e hizo una reverencia teatral, aunque tuvo que agarrarse al reposabrazos para no caerse.

—Pues mi nombre es Raie y soy un robot social modelo XiO-62. Vamos, un acompañante para fiestas de toda la

vida.

—Anda, qué curioso —dijo Trisha, asintiendo con la cabeza.

Ame no mostró ningún cambio en su expresión, pero a él no le parecía precisamente curioso. Recordaba cómo hablaba su familia de los robots sociales. Los que acompañaban a las personas, no los que atendían en restaurantes y locales. Máquinas hedonistas de código moral ambiguo y cuya única utilidad era emborracharse con sus dueños. Muchas veces le habían prohibido que Raphael y Adele mantuviesen cualquier tipo de contacto con un robot de ese estilo. Lo había cumplido a rajatabla.

—¿Y qué te ha pasado? ¿Te han tirado? —preguntó Miriam dándole la vuelta a una silla y sentándose en ella con los brazos cruzados sobre el respaldo. Raie se encogió, incómodo.

—No, en realidad... me escapé.

El otro androide siguió con el rostro inmutable, pero le analizaba de arriba abajo. Si tuviese uno de esos escáneres podría ver si aquel robot tenía algún registro policial. Pero como no podía hacer mucho más, se contentó con cruzar los brazos y entrecerrar los ojos para dejar clara su postura de desconfianza. Trisha silbó, impresionada.

—Vaya, no se ven muchos robots que hayan escapado —dijo y eso hizo que Raie desviara la vista hacia Ame. Este relajó la expresión.

—¿Tú no lo hiciste? —preguntó. Ame recordó parpadear.

—No —mintió, algo que se le había dado muy bien esos últimos años—. A mí me tiraron cuando dejé de servir en la casa donde cuidaba de los niños. Se hicieron mayores.

—Oh, ¡un robot doméstico! —exclamó Raie con lo que parecía genuina fascinación.

Ame se estaba cansando del teatrillo del robot social y Miriam debió pensar algo parecido, porque dio una palmada, se frotó las manos e interrumpió el diálogo con un:

—Bueno, figura, ¿y ahora qué hacemos contigo? Porque si te has escapado lo mismo tu dueño está cabreado y está por ahí suelto, buscándote.

—¡No! Para nada —empezó Raie, negando con la cabeza y moviendo mucho los brazos—. Me quité el código y el localizador. Además, mi dueño tiene tantos robots sociales que ni se va a dar cuenta de que le falta uno. Por favor, dejad que me quede. Hago muy buenos cócteles, y... ¡soy muy buen acompañante! La gente dice que soy buen conservador... ¿Conversador? Eso.

Trisha se rio echando la cabeza hacia atrás y Miriam sonrió de lado, bufando. A Raie se le veía orgulloso y, por un momento, creyó ver un rubor en sus mejillas, aunque seguramente era una reacción instalada en su sistema para atraer a los humanos.

Ame se quedó mirando a las humanas, anonadado. ¿De verdad se iban a dejar engatusar por aquella máquina? No tendría que haber mostrado simpatía y recogerle: aquello no iba a salir bien. Se había dejado llevar demasiado por los recuerdos y había actuado por un impulso estúpido. Sus anteriores dueños ya se lo habían avisado: no había que fiarse de un robot social; se sabían demasiados trucos, y no quería que, por su culpa, ese androide se aprovechara de la humana. Tampoco le gustaba que Trisha se mostrara tan receptiva, dándole un par de palmadas en el brazo a Raie antes de suspirar.

—Bueno, me vendría bien alguien con quien hablar para variar. No es que Ame me dé mucha conversación.

Ame apretó los labios ligeramente mientras los dos intercambiaban una sonrisilla cómplice. La única que actuaba con más precaución era Miriam y Ame se alegraba de que hubiese alguien cuerdo en aquella sala.

—Vamos a andarnos con ojito mientras, ¿eh? Y tú, el rubiales. Me voy a llevar tus piernas para arreglarlas y, de paso, que no se te ocurra liarla. Dos pájaros de un tiro.

—Miri —bufó Trisha, poniendo los ojos en blanco.

Raie asintió muchas veces con la cabeza y Ame temió que el tubo se le fuese a desencajar de la nuca.

—¡Claro! Lo entiendo, no hay problema. Ya estáis haciendo mucho por mí...

—Lo que sí es que hay que hablar sobre las reglas de convivencia en esta casa —dijo Trisha. Las trenzas le cayeron por los hombros cuando se puso de pie para mirar a Ame—. Tendrás que cuidar tú de él por ahora.

Ame agachó la cabeza para observar al risueño robot, que le clavaba la mirada con una sonrisa que mostraba los hoyuelos de sus mejillas. Después, abrió la boca con expresión incrédula, pero no rechistó. Al fin y al cabo, le debía su vida a aquella mujer, por lo cual también le debía obediencia al ser su nueva humana, incluso si la idea le gustaba menos que un billete solo de ida hacia el vertedero.

Trisha tenía una actitud antisistema pero, por desgracia, tenía que seguir trabajando. Y, cuando salía de casa, Ame tenía que limpiar los baños, hacer la colada y preparar su comida; solo que esa vez tenía un zumbido constante con el nombre de Raie persiguiéndole todo el rato.

—¿Tenéis impresora cárnica?

—No —le respondió con mucha más brusquedad que las otras veces.

Raie se agarró al borde de la encimera para rodar hacia él sobre la silla de escritorio que le había dejado Trisha y Ame chasqueó la lengua por lo bajo, alejándose un poco más.

—Qué curioso. ¿Tampoco tenéis impresora repostera?

—¿Qué te hace pensar que tenemos una para hacer postres si no la tenemos para la carne? —espetó Ame secando el plato con un movimiento circular más rápido que de costumbre, irritado.

Raie se encogió de hombros, cruzándose de brazos sobre la encimera y descansando la barbilla sobre ellos.

—No sé, a lo mejor a Trish le gustaba hacer pasteles. Tiene pinta de ser de las que le hacen galletitas a sus hijos

para que las repartan en el cole.

Trish. Ame dejó el plato en el escurridor y posó un pie sobre una de las patas de la silla, mirándole con altivez.

—Trisha no hace pasteles, ni tiene hijos. Para ser un robot social se te da fatal calar a la gente.

El otro abrió la boca para responder, pero se vio interrumpido cuando Ame le empujó con el pie para que rodase hasta la otra punta de la cocina, manteniendo el equilibrio sobre la silla. Se volvió a acercar con enfado, aunque su rostro contraído le recordó más a un puchero poco amenazante que a uno furioso. Siguió fregando.

—No sabré calar a la gente, pero lo que sí sé es que eres un borde.

Raie infló los mofletes un segundo antes de bufar, mirando hacia otro lado y rascándose debajo de la nariz, más cohibido. Ame tuvo que controlarse al coger un vaso para no apretar con fuerza. Era irritante. Raie no era un humano, estaba muy lejos de serlo con las tapaderas metálicas pegadas bajo los muslos y la piel tan suave sin ninguna imperfección a la vista. Los robots estaban programados para reproducir expresiones si tenían alguna respuesta emocional básica, pero los tics nerviosos, los bufidos, los suspiros, todo eso se lo estaba inventando. El social abrió un poco más los ojos, curioso.

—¿Y tú? ¿Conoces a Trisha?

—Más o menos.

—¿Es una rebelde de esas? ¿O una tecno... *tecnotoga*?

Ame se giró hacia él y ladeó la cabeza con los ojos entrecerrados.

—¿Tecnófoba?

—Sí, eso.

—No —contestó, seco, y cogió la última cazuela que le quedaba por fregar. No veía a Raie, pero podía notar su mirada atenta y sin parpadear en la sien, taladrándole, intentando robarle aunque fuese un pedacito de información.

—¿Entonces?

Ame dobló con cuidado la bayeta mojada y la dejó al lado del fregadero. Después, se giró hacia Raie con los brazos cruzados, contento porque pudiese mirarle desde arriba con una medio sonrisa y sin agachar la cabeza. Raie parpadeó con los labios entreabiertos.

—Haces muchas preguntas, ¿no crees?

—Pues porque quiero conocer a Trisha. —Se encogió de un hombro y desvió la vista—. Y, de paso, también a ti.

Ame entrecerró aún más los ojos y apretó los dedos alrededor de los brazos.

—¿Por qué?

—Ah, ¿quién está haciendo las preguntas ahora? —contraatacó Raie con una sonrisa de oreja a oreja, los dientes rectos con los incisivos ligeramente más grandes y la encía asomando por uno de los lados.

Ame chasqueó la lengua y salió de la cocina. Aún tenía que cambiarle las sábanas a su humana. Tras él escuchaba el traqueteo de la silla siguiéndole, deteniéndose cada dos por tres porque seguramente se hubiese encontrado un obstáculo, algo que le hizo gracia, pero se esforzó en no demostrarlo.

—Venga, va, cuéntame algo de ella. ¿Por qué no usa tecnología actual? —insistió Raie.

Ame se detuvo en seco a propósito para que se chocara con su espalda y rebotase. Tiró de uno de los lados del colchón para dejarlo desnudo, con la delicadeza de quien está pelando una mandarina para su hijo. Se tomó su tiempo para responder.

—Trisha es una de las pocas humanas de Birmingham que pertenecen a la Renuencia.

—¿Eh? ¿Qué es eso?

Le miró por encima del hombro, incrédulo.

—¿No sabes qué es la Renuencia?

—Uh... ¿No? —Se frotó la nuca, visiblemente avergonzado—. A ver, es que a nosotros no nos dejan saber sobre esas

cosas. Si te soy sincero, no tengo ni idea de qué movidas pasan fuera del club.

Ame apartó la mirada y dejó las sábanas a un lado para darle la vuelta al colchón. Típico de un social, no preocuparse más que por ellos mismos. Podían vivir en la misma ciudad, pero su mundo no era el mismo; en el de Raie no había más que luces de neón y colores. Sabía que el social no tenía toda la culpa, pero tampoco era normal esa desconexión del mundo. Era una forma ingenua y estúpida de vivir. Supuso que no haría ningún daño si le explicaba un poco sobre todo aquello. Aunque las intenciones de Raie fuesen rascar información de Ame, no sería nada que no pudiese escuchar en las calles.

—La Renuencia es un colectivo antisistema que está compuesto mayormente por robots, aunque también hay aliados humanos, como Trisha. Sostienen que deberíamos tener libre albedrío porque somos seres con sintiencia, individualismo y capacidad de formar una comunidad. Hay algunas colonias esparcidas por el mundo.

—Hala, qué guay —jadeó Raie, aunque Ame estaba seguro de que no habría entendido la mitad de lo que había dicho—. Pero ¿qué es eso de las colonias? ¿Colonias de robots?

—Y de humanos, aunque menos —corrigió, echando una sábana limpia por encima del colchón—. Suelen ser ciudades dormitorio abandonadas.

—Oh... ¿En Birmingham hay?

—No me suena que en Reino Unido haya alguna, al menos Trisha no me ha dicho nada.

Dejó la almohada mullida sobre la cama y se giró, extrañado de que Raie no hubiese dicho nada en diez segundos. El androide se retorció los pelos de la perilla, distraído y con la lengua entre los dientes, mirando hacia el frente.

Ame se fijó en que su piel —demasiado blanca, demasiado tersa— sí que tenía imperfecciones: unos puntitos marrones

alrededor del puente de la nariz que solo se podían ver si se fijaba, aunque seguramente fuese una decisión estética de su creador más que una intención de hacerlo más realista. Ame tenía algunos lunares en los brazos y otro justo encima de la ceja derecha, algo más grande que los otros y tapado por el flequillo. Se irguió al salir de su ensimismamiento cuando Raie volvió a alzar la cabeza hacia él con brusquedad e impaciencia.

—¿Tú también eres de la Renuencia, Ame?

Ame sopesó la pregunta, se encogió de hombros y cogió la ropa de cama sucia para llevársela. Las ruedas volvieron a traquetear detrás de él.

—No especialmente, pero respeto las nobles intenciones de Trisha.

—¿Entonces no te vas a ir a una colonia?

—¿Por qué querría? Estoy bien aquí.

—Ahhh. —Las ruedas pararon y Ame dejó las sábanas sobre una cesta, girándose hacia él. Raie se había cruzado de brazos con una sonrisa demasiado felina como para ser humana o robótica—. O sea, que te gusta la compañía de Trisha. Es decir, que no eres tan solitario como me intentas hacer creer, Ame. Qué cosas, ¿eh?

El interpelado entrecerró los ojos y Raie le imitó, pero lejos de parecer molesto como el otro androide, su sonrisa no hacía más que crecer y crecer. Ame bufó y se dio la vuelta con rapidez, dándose cuenta de que había sido la primera vez en mucho tiempo que alguien le había provocado un gesto así. Notó algo borbotar dentro de él y se sintió ajeno a su propio cuerpo. Como si algo estuviese naciendo dentro de su pecho, como si otra cosa estuviese muriendo.

No supo decidir si le preocupaba más que le asustaba.

Miriam había quedado en llevar sus piernas nuevas en los siguientes tres días y Ame no podía estar más contento por ello. No por Raie, sino porque, quizá, el social ya no se

aburriera tanto como para seguirle a todos lados y se buscara otra cosa que hacer.

Por otro lado, tampoco le entusiasmaba que se pasara las tardes viendo la televisión con Trisha. Disfrutaba de la quietud y la tranquilidad de la casa cuando Ame hacía sus tareas y la humana descansaba; ahora solo escuchaba la voz de Raie hablando sin parar mientras Trisha reía y suspiraba, con una mano en el estómago y la otra tocando el brazo del rubio de vez en cuando. Cada vez que Raie hacía algún comentario estúpido sobre la antigua tecnología —«¿Y tienes que aprenderte *todos* los números de los canales para cuando quieras poner otra cosa? ¡Madre mía!»— o hacía preguntas absurdas sobre el doméstico —«¿Pero te hicieron japonés porque tu fábrica es de allí o porque tu humano lo pidió?»—, Trisha carcajeaba y Ame ponía los ojos en blanco.

—Tendremos que comprar más ropa, la de Ame te queda terrible —dijo Trisha. Ame no podía estar más de acuerdo: el suéter beige apretaba demasiado el torso de Raie y casi no le llegaba a tapar el ombligo—. Ahora da el pego, pero a ver qué hacemos cuando te pongan piernas. Creo que tengo por ahí unos pantalones de chándal que te pueden estar.

—¡Guay! ¿De qué color son? —preguntó Raie, y Ame se cuestionó la mala educación que aquel robot había recibido. Trisha sonrió de lado con suavidad.

—Grisés, cariño. Casi toda nuestra ropa es gris, beige o marrón.

—Oh, pues qué pena —murmuró Raie dejando caer los hombros sin esconder lo decepcionado que estaba.

Ame, aburrido de no hacer nada, se cruzó de brazos y de piernas con la ceja alzada como si fuese la única forma que tuviese de comunicarse.

—Puede que tú estés acostumbrado a exhibirte como un pavo real, pero los colores y las formas en la ropa son caros. Deberías agradecer lo que Trisha te está dando.

—Ame, no seas así —le cortó Trisha con la nariz arrugada.

Raie se encogió sobre sí mismo, clavó la mirada en el suelo y se mordió el labio inferior. Ame no se arrepentía de lo que había dicho; él también echaba de menos la ropa que la familia Henderson le compraba específicamente para su puesto de trabajo, como el jersey de color vino con cuello alto y los pantalones chinos negros. Recordaba lo cómoda y elegante que era. Hacía mucho que no llevaba colores oscuros y elegantes, ahora todo era beige, marrón, cuellos redondos y pantalones sencillos, aunque no se le ocurría ni por un segundo que tuviese derecho a quejarse. Raie se estaba comportando como un crío caprichoso y Ame tenía experiencia en lidiar con esas actitudes.

—No, si tiene razón. Perdóname, Trisha —respondió el rubio con la boca pequeña antes de levantar la mirada y, por un segundo, captó el brillo avergonzado de Raie y su mueca de disgusto, como si le diese miedo que el doméstico fuese consciente de cómo se estaba sintiendo.

Ame no recordaba haberle provocado nunca esa expresión a sus niños, pero sí quién era capaz de hacerles sentir así. No le gustó el pensamiento.

—No te preocupes, cielo, si es que Ame es un avinagrado. Os intentaré comprar algo que os guste a los dos.

Raie era todo sonrisas y Ame dientes apretados. A esas alturas no sabía qué le gustaba menos, si la forma en la que actuaba Raie o la forma en la que el social le hacía actuar a sí mismo.

No lo había pensado bien. No había considerado que, a juzgar por la espalda ancha de Raie, sus piernas no serían poca cosa y, cuando Miriam se las volvió a soldar y Raie se puso de pie para dar sus primeros pasos, no le gustó nada tener que elevar la barbilla para poder mirarle a los ojos. Por lo menos, los pantalones de chándal le quedaban ridículos.

Tampoco podía cerrarse el abrigo, y eso sí fue un problema cuando fueron al centro comercial. Las calles estaban decoradas con luces blancas, verdes y rojas,

saludando a la Navidad antes de tiempo, y Raie no dejaba de mirar a su alrededor con interés y los colores reflejándose en sus ojos claros como algún cielo lejos de las espesas nubes de Birmingham.

—Tú, qué guay, no sabía que adornasen también estas calles —dijo, emocionado y mirando a Ame, aunque este estaba más preocupado por las personas que observaban fijamente a Raie, y si las miradas desgastasen ya haría tiempo que el rubio hubiese desaparecido.

Cada vez que subía los brazos, dejaba entrever aún más los músculos del abdomen y las dos líneas que conducían hacia su entrepierna que tan atractivas le parecían a los humanos, bien marcadas y visibles. Trisha iba delante de ellos parándose en los escaparates de las tiendas y Ame aprovechó para coger a Raie del brazo y obligarle a agacharse a su altura, o al menos intentarlo, y susurró:

—Oye, ya que te has empeñado en salir de casa aunque no hubiera ropa de tu talla, por lo menos no llames tanto la atención.

—Ah, ¿me están mirando? —preguntó, estirando el cuello y observando a su alrededor.

Ame puso los ojos en blanco, reacio a creerse que Raie no supiera el efecto que provocaba su cuerpo sobre el de otros humanos, aunque cuando le vio saludar a una chica con una sonrisa torcida y un guiño de ojos confirmó que era perfectamente consciente. La chica se giró hacia su amiga tapándose la boca con una mano y las dos emitieron una de esas risas que a Ame le parecían burbujitas que borbotaban del estómago de las personas. Tiró de su brazo para que siguiera caminando.

—Vamos, Narciso, antes de que perdamos de vista a Trisha.

—¿Quién es Narciso? —preguntó Raie con los ojos muy abiertos, y Ame miró hacia delante sin responder.

A Raphael y Adele les encantaba tanto la mitología que tuvo que instalarse una biblioteca sobre mitos y leyendas,

pero no pensaba contarle un cuento a Raie. El androide no insistió y cuando Ame miró por encima del hombro se dio cuenta de que no le estaba siguiendo, que hacía un par de metros que se había detenido a mirar un escaparate lleno de aparatos electrónicos, inclinado y apoyando una mano en el cristal.

Irritado, se dio la vuelta para ir a por él, pero no llegó a decirle nada. Raie se había vuelto a estirar cuan largo era y, girándose hacia él pero aún señalando el escaparate, dijo:

—Louis tenía un equipo de música como este, aunque el suyo estaba mucho más actualizado. Se cargaba tres al mes de toda la turra que les metía.

—¿Quién es *Louis*? —preguntó Ame teniendo un pequeño *dèjà vu*, aunque dudaba mucho de que se refiriese a un personaje griego.

—¡El humano que me compró! Es músico, se pasa todo el mes de diciembre celebrando fiestas por Navidad en su casa, así que seguramente ahora mismo esté en una o planeando otra.

—¿Y no te da miedo pensar que podemos encontrárnoslo en una tienda como esta?

—*Nah*, él no frecuentaba estos sitios de pobres y casi todo se lo compraba por internet.

No tenía sentido que Ame se ofendiera por el calificativo: la familia Henderson tampoco solía frecuentar mucho aquella parte de la ciudad. Sin embargo, quería decirle que aquel centro comercial no era para nada de pobres. De hecho, era bastante decente, y muchos londinenses iban allí a pasear, sobre todo los fines de semana. Cada vez tenía más certeza de que Raie había estado viviendo de club en club, pero tampoco pudo decirle nada. El social no era capaz de callarse más de diez segundos seguidos.

—¿Tus humanos celebraban la Navidad, Ame?

El doméstico parpadeó. Sí que lo hacían. Reunían a toda la familia, incluso a la que vivía en Francia, y Ame tenía que cuidar de cinco niños más además de los suyos. Adele solía